

bió haber permanecido quieto en Italia; pero lejos de eso "emprendió su camino por tierra, atravesó rápidamente el Piamonte; en lugar de tomar por Francia se dirigió á Ginebra y siguiendo por la orilla derecha del Rhin, entró por los Países-Bajos; y embarcándose en Ostende, llegó á Londres el 31 del mismo mes."

Los hombres que de alguna manera han figurado y recibido consideraciones en su patria, aunque ésta se componga de pueblo inculto, de aristocracia ignorante y de mezquinas chozas, no pueden avenirse á vivir errantes, aislados y confundidos entre la multitud, en un país extranjero, aunque este país se componga de pueblo ilustrado, de sabia aristocracia, y de palacios de mármol. He aquí la razón por qué todos nuestros hombres públicos lanzados al extranjero por las revoluciones, han vuelto á México, y por qué Iturbide se dispuso á regresar, entrando también en su cuenta que podía aun servir de algo, á fin de que el país inquieto y mal constituido no fuera á perder su independencia.

En una mañana calorosa del mes de Julio de 1824, estaba el Sr. general D. Felipe de la Garza en una pieza de su casa de Soto-la-Marina, recostado en una hamaca que pendía de los extremos de las paredes, con un pié hacia empuje en el suelo para mecerse, y con la mano contraria intentaba, unas veces asirse de una tosca mesa de madera, y otras espantaba los mosquitos que se paraban por sus romas narices y abultados mofletes. Esta diversion duró hasta que abrió la puerta un personaje alto, flaco, vestido con unas calzoneras de gamuza, unos vaquerillos negros y un sombrero tendido, que con voz áspera dijo:

—Compadre, buenos días.

—Hola, compadre Juan, qué negocios te traen por aquí á estas horas, que está el sol como una ascua ardiendo?

—Cierto que sí, compadre Felipe; pero venia á decirte que las gentes del pueblo aseguran que en el puerto está un buque de donde han desembarcado unos oficiales que se fueron desterrados con D. Agustín.

—¿Qué, D. Agustín? (interrumpió Garza).

—Estamos frescos, compadre, D. Agustín Iturbide, el emperador.

Garza se levantó bruscamente y dió unos cuantos paseos por la pieza, entretanto el compadre Juan puso una pierna sobre la otra y comenzó á despellear sus toscos zapatos.

—¿Con que eso dicen compadre?

—No solo lo dicen, sino que todas esas viejas verdes están ansiosas de ver al emperador, porque es muy buen mozo.

Los ojos del compadre Felipe brillaron con indecible alegría, y continuó diciendo:

—Bueno, muy bueno; tendrémos cerca de nosotros al emperador.

—Pero si no viene, compadre.

—Maldita sea tu lengua. Eres mas bruto que una mula mesteña,

—Conozco que soy bruto, contestó el compadre Juan; pero también creo que de pocos días á esta parte te has vuelto muy sordo, pues solamente te he dicho que unos oficiales han desembarcado.

—¿Y dónde están esos oficiales?

—Sepalo el diablo.

—Con todo, yo debía haberlo sabido primero que nadie. Vuela, compadre; recorre todo el pueblo hasta que encuentres el alojamiento de esos oficiales, y traeme noticias mas ciertas.

—Te diré, Felipe, que hace mu-

cho sol, y será mejor dejarlo para la tarde.

—No, no; importa mucho que yo sepa ahora mismo si es verdad lo que me dices. Corre; y si traes buenas noticias, beberémos un buen vaso de vino.

El compadre Juan seguía sin embargo despellejando muy tranquilo el cuero de sus zapatos, cuando un criado entró á decir que un extranjero buscaba al Sr. general Garza, el cual arregló su camisa y pantalones, que estaban en el mayor desorden, y mandó al criado que introdujera al recién venido. En efecto, á poco momento se volvió á abrir la puerta, y se dejó ver un hombre de buenas facciones y gallarda presencia, que se dirigió con los brazos abiertos á Garza, con muestras de una vivísima alegría, exclamando:

—¡¡¡General!!!... Qué famoso y qué robusto encuentro á V.

—Garza lo abrazó también con señales de placer y ternura, contestándole:

—¡¡¡Coronel!!!—Bien venido sea V. á esta casa, puesto que también llega con salud. Siéntese V., que tenemos mucho que hablar. Arrimó una silla para el coronel mientras él se sentó en la hamaca, y continuó: Conque, dígame V. ¿que santo ha hecho el milagro de traer á V. tan pronto por su patria adoptiva?

—¿Qué quiere V. general al pedazo de tierra donde ha hecho uno sus campañas, tiene recuerdos que no se pueden borrar; y una patria adoptiva se ama á veces con mas ardor que la tierra natal.

—La verdad, yo me figuré cuando V. se embarcó, que jamás volvería á México.

—Pues ya me ve V., general, y con verdad le digo, que á pesar de lo triste y melancólico de las playas de

México, las he vuelto á ver con cierta alegría.

—¿De veras, coronel? Y á propósito—¿Cómo ha dejado V. al emperador?

—Está... está triste y deseando...

—¡Ah! ¿con que lo dejó V. en Europa?

Oh, sí, en Europa, por supuesto (contestó con vivacidad el coronel).

—¿Y piensa venir?

—Es natural que tenga siempre en su pensamiento á México. Creo que V. en su caso no se conformaría con morir en una tierra extraña.

—Ciertamente que no, interrumpió Garza con una voz compungida; y mucho mas si pudiera aun servir de algo á mi país, como el Sr. Iturbide.

—Con que V. cree, contestó el coronel, que el emperador podría servir todavía á México?

—Por supuesto. Desde que se fué todo se ha vuelto desunión, discordia y desorden; y yo juzgo que su presencia sola, bastaría para reunir la opinión, consolidar el gobierno, y afianzar para siempre la independencia.

—Así se lo han escrito á Londres muchos de sus amigos; pero ha temido que el partido de los borbonistas y republicanos se subleve en su contra y....

—¡Tontería! ¿Qué podrán unos cuantos miserables contra todo un pueblo?

—Si V. viera, general, lo abatido, lo melancólico que está continuamente el emperador. ¡Oh! es un hombre que ama de veras á su país, y que le duele en el alma que sea desgraciado.

—Lo creo así, coronel, y ya digo á V. que no teníamos mas remedio, sino que viniera, para que confundiera también á tanto ingrato. Garza se limpió los ojos con su pañuelo, y el coronel que lo observó, acercó su silla, y le dijo.

—Pues bien, general; veo que es V. uno de los amigos sinceros del emperador, y deseo confiarle un secreto. Garza hizo una seña al compadre Juan, y éste salió de puntillas y cerró con tiento la puerta. Garza contestó:

—Estamos ya solos, y puede vd. decirme su secreto, en el concepto que mi influjo, mi espada, mis bienes, todo está á disposicion del emperador, de ese hombre desgraciado que desterraron tan injustamente unos cuantos ambiciosos.

El coronel se aseguró de que nadie los escuchaba, y acercándose al oído de Garza, le dijo:—El emperador está á bordo del bergantín en que yo vine, que permanece anclado frente de la barra.

Garza dió un salto, y desencajó los ojos; pero reponiéndose al instante, continuó: Coronel, es vd. muy indiscreto en darme tan de golpe una noticia tan plausible. Bueno, muy bueno; el emperador tiene muchos enemigos, pero aquí lo defenderemos..... vamos, estoy loco de alegría, y esta noticia merece que bebamos un vaso de vino. Esto diciendo, sacó de una alacena dos grandes vasos, los cuales llenó de vino, y tomando uno, y dando el otro al coronel, bebieron ambos por el feliz arribo á México de S. M. I., el emperador D. Agustín I.

Los ríos parece que no solo tienen la facultad de abonar las tierras vecinas y hacer crecer lozanos y bellos los árboles y plantas de sus orillas, sino tambien de crear, por decirlo así, bajo el influjo benéfico de sus aguas, ciudades ó pueblos alegres, fértiles, poblados y abundantes. Por una anomalía inesplicable no sucede así con Padilla, que á pesar de tener en sus orillas un río cristalino, acariciado por

las flecsibles ramas de los sauces y álamos, siempre ha sido un pueblo tris-tísimo, ceniciento y melancólico. Padilla, pues, no viene á ser mas que un reptil inmundo, que vive y vegeta entre la humedad y los matorrales de su transparente y poético río. Esto no obsta para que en la época de que vamos hablando, fuera capital del Estado libre y soberano de Tamaulipas, y tuviera por consecuencia su congreso, su palacio, sus guardias cívicas, sus casas consistoriales; creo, y es natural, que hasta su tribunal superior de justicia, &c., &c. Todo era por supuesto una miserable parodia de gobierno y de ciudad; pero dejemos esto á un lado, y sigamos con nuestra narracion.

Un día, creo que el 16 de Julio de 1824, los pocos habitantes de Padilla estaban agrupados en la puerta de una casa baja de piedra que llamaban el palacio, donde acababa de entrar un hombre de buen parecer, pelo rubio y ojos azules, acompañado del coronel y del general á quienes hemos visto platicando en Soto-la-Marina. El reducido número de gentes que permanecian agrupadas en el dicho palacio y en la plaza, estaban por demas alegres y gozosas con la llegada del nuevo personaje, y ya se debe suponer que las viejas lo bendecian, las muchachas tenían ganas de verlo muy de cerca, y los chicuelos importunaban á sus madres con preguntas. Pero dejemos tambien á estas buenas gentes con su regocijo y con su curiosidad, y entremos un momento á un cuarto reducido, é iluminado por la escasa luz de una claraboya donde estaban los personajes de que se trata. El de pelo rubio estaba sentado al lado de una mesa, en un grande y tosco sillón antiguo; el coronel permanecía detras, apoyado un brazo en el respaldo de la misma silla, y el compadre

Felipe en pié con una cara entre halagüeña y respetuosa. Fué este último el que habló.

—Desearia saber si S. M. no tiene algo que ordenar á su antiguo amigo y servidor.

—Ya dije á vd., general, que lo único que queria era repetirle mis agradecimientos por sus finezas, y particularmente por haberme otorgado la confianza de que mandara yo la escolta que nos condujo del puerto á esta ciudad.

—En cuanto á eso no cumplí mas que con un deber. Cuando estaba á mi lado un emperador, yo, simple brigadier, no tenia mas que obedecer.

Iturbide sonrió ligeramente, y dijo:—De las palabras que acaba vd. de decir, la mitad son mentira y la otra mitad verdad.

Garza se puso pálido.

—No hay que asustarse, prosiguió Iturbide. Voy á esplicarme. Ha dicho vd. que soy emperador. Esto es mentira, pues no soy mas que un pobre hombre que deseo servir á mi patria, y nada mas. Ha dicho vd. que es brigadier. Esto es verdad, pues que hasta ahora no ha tenido vd. la desgracia de que lo destierren ni le priven de los honores que ha adquirido con su espada.

Garza se tranquilizó y contestó.—Es S. M. bastante ingenioso, y no se le acaba ese humor alegre que siempre ha tenido.

—Vea vd., amigo mio, siguió Iturbide embutiéndose en la enorme silla; si yo estuviera realmente persuadido que mis paisanos me aman, agradecen y aun quieren mis servicios, seria una recompensa mas espléndida para mí que la corona. Esto me volveria mi buen humor, haria olvidar absolutamente algunas épocas, que por mas cortas que hayan sido, han

pesado sobre mis hombros como una eternidad entera.

—¿Y quién duda que los mexicanos aman á su libertador? Y sobre todo si algunos enemigos obstinados é ingratos se atreven á oponerse, ya tengo dicho al coronel Beneski, que está delante, que mi espada, mis bienes, mi vida, todo está á disposicion de....

Iturbide no lo dejó acabar, sino que se puso en pié, le estrechó suavemente la mano, y le dijo:—Gracias, gracias, general, es vd. muy generoso; pero yo no quiero aparecer en México con la tea de la discordia, sino con la oliva de la paz. Hablarémos sobre esto mas despacio, y Dios mediante, todo se puede arreglar con calma.

Garza se inclinó profundamente y se despidió del emperador. Al salir dijo al oficial de guardia: “El emperador no deberá salir de ese cuarto, y hago á vd. responsable de su persona. Es menester tomar estas precauciones para evitar un atentado de parte de los enemigos de S. M.” El oficial se tocó el sombrero, y Garza se retiró lentamente.

Al día siguiente Iturbide quiso salir de la puerta de su cuarto; pero el centinela le dijo sin duda, lo que el recluta á Napoleon: *On ne passe pas quoiqu'on soit le petit caporal.*—Tres días pasaron así. Iturbide no sabia qué pensar de esto.

El día 19 entró Garza al cuarto de Iturbide con un semblante sereno, tranquilo, indiferente, saludó con una leve genufleccion, tomó asiento, y se puso á jugar con una orilla de la carpeta de la mesa.

Iturbide correspondió el saludo, y le dijo:—Muchas ocupaciones habrán rodeado á vd. cuando no ha venido para que tratemos de tantos y tan delicados asuntos.

—Un solo asunto tenia yo; lo he

concluido, y ya me tiene S. M. para anunciarle el resultado.

—Veamos, qué asunto es ese.

—En México han declarado al emperador fuera de la ley, y el congreso de Tamaulipas en sesión plena ha decretado que esa disposición se debe cumplir. En consecuencia, dentro de tres días deberá S. M. subir al patíbulo.

Iturbide se puso pálido; pero pasado un momento respondió.

—General, la amistad, no autoriza á vd. para usar esas chanzas, y yo mando á vd. que deje ese lenguaje y se disponga á tratar seriamente sobre los asuntos que conciernen al bien de la patria.

—Emperador, yo respondo á vd. que nunca he usado chanzas con nadie, y que lo que digo á vd. no es mas que la verdad. Así, pues, todos los asuntos que restan á vd. es disponer su alma, que en cuanto á la patria no desea quien se interese por ella, ni quien la defienda.

Iturbide se mordió los puños de rabia, y con el semblante encendido y una voz de trueno exclamó:

—¿Conque eso han hecho los traidores? ¿Conque el congreso de Tamaulipas se erige en juez? ¿Conque el amigo que hace poco me ofrecía su espada, es ahora mi verdugo? Por todos los santos del cielo dígame vd. la verdad, general, porque lo que acaba vd. de decir ó es una impostura, ó es una obra infame de Lucifer.

Garza tembló; pero echando la vista á los centinelas, recobró su sangre fría y respondió:

—He dicho la verdad, y creo que el emperador me ahorrará el trabajo de repetirle que está condenado á muerte.

—Emperador! exclamó Iturbide. ¿Y por qué añade vd. al crimen la burla? ¿Por qué combina vd. estas dos

palabras de emperador y de muerte? Pero yo apelo al mundo entero de esta sentencia, porque yo ignoraba la ley, y porque los legisladores no pueden ser jueces.

—Como está vd. reducido á este cuarto y custodiado por centinelas fieles, el mundo no oír la apelación de vd., y la ley se cumplirá.

Iturbide inclinó la cabeza con profundo desconsuelo, y prosiguió con una voz persuasiva:—General, es verdad que el mundo no oír mi apelación; pero vd., que es mexicano evitará una mancha á su patria, porque no lo dude vd., cuando á un hombre que ha hecho servicios se le mata tan bárbaramente, es una infamia.

—La ley lo manda.

—Yo no soy un traidor, general. ¿Imagina vd. que yo destruyera la obra de mis manos? ¿Que yo hiciera esclavo á un pueblo á quien le quité las cadenas? ¡Oh! no debo morir!

—La ley lo manda.

—Cuando conocí que la paz peligraba, que la sangre mexicana iba á correr por mi causa, me acordé que en la santa casa de ejercicios había jurado ante el Dios Crucificado, no derramar ya una sola gota de sangre. Por cumplir mi juramento, arrojé el manto, el cetro y la corona, y me lancé solo y aislado en medio del Océano, llevando por único tesoro, mis servicios y mi buena fé. Un hombre que dá estas pruebas no debe ser asesinado como un bandido.

—La ley lo manda.

Llegué á Europa. Encontré en esas cortes bulliciosas y alegres solo fastidio y melancolía, porque el recuerdo de mis compatriotas envueltos en las discordias, destrozaba mi alma y pesaba sobre mi corazón. Fuí en estas circunstancias invitado por mis amigos para calmar los ánimos, para ver si conseguía darles otro tesoro

que les faltaba, que era la paz, y me encuentro con un patíbulo que reclama mi cabeza. ¿Es justo esto?

—La ley lo manda.

—General, vd. podía salvar á mi pobre familia concediéndole la vida de su padre. Esta acción estoy seguro que el cielo la recompensaría.

—No puede ser. La ley manda que sea vd. fusilado.

—He dicho á vd. que yo ignoraba tal ley. Disponga vd. que me reembarque, y prometeré no volver jamás al país. Haga vd. una obra de piedad con un desgraciado, ó ¿es preciso que muera?

—La ley lo manda.

—General, gritó Iturbide frenético. Maldito sea vd. y la tierra en que vió la luz. Es vd. una hiena, y no un hombre. Suplico á vd. que olvide que he implorado su compasión. Bien, muy bien, puesto que no hay remedio, moriré con valor, con orgullo, y conservando hasta el último momento la enorme distancia que hay entre vd. y yo; es decir, entre el inocente y el verdugo; entre el libertador y el asesino. Vamos, general, levante vd. los ojos, no tiemble, míreme de frente sin temor.

Garza tembló y bajó la vista: entonces Iturbide le apretó la mano fuertemente, y le dijo:—Gracias, gracias, general; es vd. muy infame y muy vil. Garza salió desconcertado; pero pasadas unas cuantas horas Iturbide le mandó suplicar que le concediese una entrevista de diez minutos. Garza tuvo valor de ponerse en presencia del emperador. Este con voz dulce le dijo:

—General, he llamado á vd. para pedirle perdón. Hace un momento tenía, según creo, una especie de delirio, y he proferido palabras injuriosas. Veo que mi suerte está trazada por la mano del que es dueño de las

coronas y de los imperios, y que los hombres no son mas que instrumentos de su justicia. Muchas faltas he cometido en mi vida, y Dios tiene infinita misericordia de mí, castigándome en el mundo para perdonarme en la eternidad. En cuanto á vd., general, no hace mas que cumplir con la ley, y lo perdono.

Garza salió sin proferir una palabra, é Iturbide se puso á escribir y á implorar el perdón del Altísimo.

Como el pueblo amaba á Iturbide, se temió un levantamiento, y se apresuró la ejecución; así es que al día siguiente salió del llamado palacio para la esquina de la plaza, donde estaba el suplicio. Allí dió sus disposiciones para el regreso de su familia, y la encomendó á la piedad de su patria. Exhortó en seguida á los mexicanos á la unión y á la concordia; perdonó á todos sus enemigos, y les deseó acierto y prosperidad. Hizo al Señor su última oración, y aguardó la muerte con tranquilidad. Los soldados que lo fusilaron lloraron de dolor y despecho. ¡Dios haya recibido su alma!

La familia del héroe de Iguala vive en los Estados Unidos. Su hijo el mayor lleva al pecho la cruz de Ayacucho, que ganó combatiendo por la independencia de Colombia á las órdenes de Simón Bolívar, y es actualmente secretario de la legación mexicana en Inglaterra. Beneski se suicidó.

En cuanto al general Garza, como llegó su hora final, habrá reunirse en la eternidad con su víctima. El héroe y el verdugo han dado cuenta de sus obras á un tribunal mas justo y mas severo que el de los hombres. Lloremos sobre la tumba del desgraciado, y roguemos al cielo por el criminal.

## CONCLUSION.

Un día llegué á Padilla. El pueblo estaba casi desierto, y me pareció que la maldición del cielo lo agobiaba. Busqué al alcalde y tuve la fortuna de encontrar un hombre de buenos modales y algun talento. Como fué testigo presencial de la muerte de Iturbide, me contó algunas particularidades que unidas á los apuntes históricos que ecsisten impresos, me han servido para formar este artículo. Me enseñó los sitios donde se desenlazó este drama histórico, que comenzó por un alegre grito de libertad, y concluyó con un lúgubre lamento de muerte. La sala donde se reunió el congreso para sentenciar al supuesto reo, es una galera de veinte varas de largo, sucia y lóbrega, y que entónces, lo mismo que ahora, estaba ocupada con algunos costales de maiz. El sitio es muy digno de los representantes que legislaban y juzgaban en él.

La pieza donde estuvo preso Iturbide es un cuarto estrecho con una alta

claraboya por donde recibe escasa y triste luz. Las paredes están llenas de letreos y rúbricas pintadas con carbon; pero entre esas líneas mal formadas se encuentra un barquito pintado. El alcalde me aseguró que este barco lo pintó el mismo Iturbide.

Del palacio nos dirigimos á una iglesita de adobe, que está amagando ruina. A un lado de la puerta estaban dos palos que sostenian una pequeña campana, y frente á la puerta de la iglesia una gran lápida sin inscripcion, debajo de la cual reposaban los restos del mártir de la independencia. En la esquina, que forma un jacal situado frente de la iglesia, se halla una cruz de madera clavada en un monton de piedras. En este sitio fué fusilado Iturbide. La cruz estaba cayéndose, por lo cual me entretuve en amontonar mas piedras y ponerla derecha, cavilando mientras en el destino que arrastra á los hombres desde un lecho de púrpura, hasta el camaranchon de un calabozo; desde el esplendor de un trono hasta la oscuridad de una sepultura.—Yo.

